

Fue Edwin quien quiso construir una casa nueva. A mí no me importaba vivir en la vieja Queen Anne en Oak Park Avenue. Estaba llena de las cosas de mi infancia, y encontraba reconfortante volver después de tantos años lejos. Pero la idea de tener algo moderno se había apoderado de Ed. Me pregunto si reflexionará ahora sobre aquellos días, sobre el hecho de que fuera él quien ansiara poseer un lugar por completo suyo.

Al volver de nuestra luna de miel en el otoño de 1899, por el bien de mi padre, que no se había acostumbrado a vivir solo tras enviudar, nos trasladamos a la casa en la que yo había crecido. Alcanzada la treintena, después de años de estudio, soledad e independencia, me encontré con que no sólo compartía las comidas con un esposo, sino también con mi padre y mis hermanas, Jessie y Lizzie, que a menudo venían de visita. Padre aún salía a trabajar para dirigir los talleres de reparaciones de la Chicago & North Western.*

No mucho después de que Edwin y yo nos instaláramos, un día mi padre regresó del trabajo, se ovilló en la cama y abandonó este mundo. Tenía setenta y dos años, no era un hombre joven, pero a mis hermanas y a mí siempre nos había parecido invulnerable. Su repentina pérdida nos dejó a todos muy impactados. Lo que desconocía entonces era que lo peor estaba todavía por venir. Un año después, Jessie murió al dar a luz a una niña.

¿Cómo relatar la pena de aquel año? Sólo recuerdo fragmentos de 1901, tal fue el aturdimiento con el que pasé aquellos meses. Cuando se evidenció que el marido de Jessie se vertía en

* La Chicago and North Western Railway era la empresa que administraba una importante línea ferroviaria que atraviesa el Medio Oeste de Estados Unidos. En 1995 fue absorbida por la Union Pacific. (N. del T.)

apuros para cuidar adecuadamente de la niña, a la que había bautizado Jessica por mi hermana, Ed, Lizzie y yo nos hicimos cargo de nuestra sobrina. Al ser la única que no trabajaba, me correspondió cuidar de ella. En medio del duelo, el bebé trajo una alegría inesperada a la vieja casa.

El lugar se hallaba cargado de recuerdos que supongo deberían haberme perseguido. Pero estaba demasiado ocupada. Al año, Ed y yo tuvimos nuestro primer hijo, John, que muy pronto comenzó a andar. No contábamos con una niñera entonces, sólo con una sirvienta a media jornada. Por la noche me sentía demasiado agotada como para levantar un libro.

Aun con todo, en esos tres años que llevaba casada, no había resultado tan complicado ser la señora de Edwin Cheney. Ed era amable y muy rara vez se quejaba, algo de lo que se enorgullecía. Al principio, cuando volvía a casa descubría el salón repleto de mujeres de la familia Borthwick, y al vernos a todas parecía alegrarse de verdad. No es un hombre que carezca de sofisticación. Pero encuentra la satisfacción en las cosas sencillas: los habanos, el viaje en tranvía de la mañana con los otros hombres o las reparaciones del coche.

Lo único que Edwin nunca ha podido soportar, empero, es el desorden, y durante aquellos años en Oak Park Avenue debió de sufrir mucho. Su punto débil son las superficies del mobiliario: los papeles en orden esperándolo en el escritorio del trabajo por la mañana; el armario personal en el que deja el maletín y las llaves cuando vuelve a casa; y la mesa del comedor, donde nada desea más que encontrar un asado con la gente que ama sentada en derredor, aguardando su llegada.

Supongo que fue el orden, o la falta de él, lo que finalmente lo empujó a pasar de las palabras a los hechos respecto de la nueva casa. Yo intentaba mantener todo adecentado, pero ¿qué puede hacer una persona en un sitio viejo y lóbrego con ventanas selladas con pintura y todas las esquinas de los marcos de las puertas recargadas con arabescos calados? ¿Y qué puede hacerse con unos asientos con relleno de crin que tienen una capa de polvo de dos décadas, sencillamente imposible de sacudir?

Edwin emprendió entonces una campaña silenciosa. Para empezar me llevó a la casa de Arthur Huertley y su esposa. Arthur y él coincidían en el tranvía por las mañanas. En Oak Park, prácticamente todo el mundo se había asegurado de pasear por delante de la nueva casa de los Huertley en Forest Avenue. Se trataba o de una aberración atroz o de un golpe de genialidad, dependiendo de qué se pensara del arquitecto, Frank Lloyd Wright. Una «casa de la pradera» para algunos, por el modo en que la cruzaban horizontalmente hiladas de ladrillos largos y estrechos, como las líneas de las llanuras en Illinois.

Cuando la vi por primera vez, la casa de los Huertley me pareció una pesada caja rectangular. Una vez dentro, sin embargo, sentí que mis pulmones se henchían. Era un único espacio abierto, donde las habitaciones desembocaban unas en otras. Las vigas sin pintar y el maderamen, aún con el color de los troncos, brillaban tenues, y una luz espléndida se derramaba a través de las vidrieras rojas y verdes. Uno tenía la impresión de estar en un lugar sagrado, como una capilla en el bosque.

Edwin, como el ingeniero que es, sintió algo diferente entre esas paredes. Disfrutaba de la armonía inducida por los sistemas racionales. Cajones empotrados. Sillas de línea clara y mesas hechas específicamente para esas habitaciones: muebles con un fin. No había a la vista ni un solo objeto superficial. Edwin salió de allí silbando.

—¿Cómo vamos a permitirnos una casa como ésa? —le pregunté cuando nadie podía oírnos.

—La nuestra no tiene que ser tan grande —me respondió—. Y nos va mejor de lo que piensas.

Edwin era por entonces el presidente de la Wagner Electric. Mientras yo cambiaba pañales y trataba de sacar un poco de tiempo para dar un paseo, Edwin había ido ascendiendo metódicamente hasta lo más alto de la compañía.

—Conozco a la mujer de Frank Wright —le confesé. Tenía mis reservas acerca de animar a Edwin, de manera que no le había mencionado aquello—. Estamos juntas en el Comité de Hogar y Artes Femeninas del club.

Entonces su campaña pasó a la siguiente fase: la de la presión. Ése no es el modo de pedir las cosas de Edwin, pero a partir de ese momento me instó con gran vigor, siguiendo la máxima con la que me había cortejado. Persistencia. Persistencia. Persistencia. Si hubiera vivido durante la época de las Cruzadas, es lo que se hubiera leído en su estandarte mientras galopaba hacia la batalla.

Fue su tozudez, en primer lugar, lo que venció mi resistencia a casarme con él.

Nos habíamos conocido en la escuela, en Ann Arbor, aunque no había pensado en él durante muchos años. Un día, apareció de repente por la casa de huéspedes donde yo vivía en Port Huron. Tenía facilidad para charlar de las cosas más triviales y una risa contagiosa. No le costó mucho ganarse a los inquilinos de la pensión de la señora Sanborn, en Seventh Street. Cuando, para mi consternación, comenzó a presentarse los viernes por la noche, la patrona y su pequeña familia de huéspedes—incluida mi compañera de habitación en la universidad, Mattie Chadbourne—dejaban libre el salón para que la relación prosperara.

Yo estaba a cargo de la biblioteca pública por entonces, y los viernes por la noche, cuando Edwin pasaba a verme, solía encontrarme muy cansada. Una noche, sólo para llenar el incómodo espacio entre los dos, le hablé de una empleada que siempre parecía taciturna, a pesar de mis esfuerzos por animarla.

—Dile que la felicidad es sólo cuestión de práctica—me aconsejó—. Si actúa como una persona feliz, será feliz.

Había entonces algo profundamente atrayente en esas palabras. Edwin no era un hombre de letras ni alguien especialmente reflexivo, sus virtudes eran diferentes a las mías. Se trataba de un buen hombre. Y conseguía lo que se proponía.

A lo largo de todos esos años en Port Huron, cuando yo daba clases en el instituto y, más tarde, como responsable de la biblioteca, tendía a idealizar lo que hacía durante el día: servidora del conocimiento, médico del alma, dispensaba libros a los estudiantes y a los parroquianos como si se trataran de píldoras.

Por la noche, sin embargo, sufría la incomodidad de mi cuarto entre montones de papel: un largo e inacabado ensayo sobre el individualismo en el Movimiento por los Derechos de la Mujer, una traducción sin publicar de algún ensayista francés del siglo dieciocho que por un tiempo me había atrapado, libros sobre más libros con páginas marcadas con recortes de periódicos, sobres, lápices, postales, peines... A pesar de algunos grandes estallidos de energía, parecía incapaz de pergeñar un artículo de revista decente, por no hablar del libro que había imaginado que acabaría escribiendo.

Llevaba en Port Huron seis años. A mi alrededor los amigos se casaban. Ese día, mientras miraba a Ed Cheney al otro lado del salón, pensé: «Quizá nos contagiemos de lo bueno del otro».

Supongo que consentí en lo de la casa de la misma manera en que le di el sí a ese joven que perdía pelo y que siguió haciendo viajes de Chicago a Port Huron para pedirme que me casara con él. Llegado un punto, me limité a dar el paso.

En aquellos primeros días de nuestro matrimonio, no era el orden lo único por lo que suspiraba Edwin. Quería un hogar donde pudiéramos recibir visitas. Tal vez fuera por haber pasado demasiados años en el anodino domicilio paterno, o quizá por la tristeza que aún flotaba en las habitaciones de la casa de mis padres, pero él anhelaba un sitio lleno de jóvenes, de amigos y de buenos momentos. Sospecho que imaginaba a su coro de la universidad sentado en el salón entonando «I Love You Truly». De cualquier modo, las cosas se desarrollaron con rapidez una vez que Catherine Wright nos concertó una cita en el estudio de Frank.

¿Quién no se hubiera sentido fascinado ante Frank Lloyd Wright? Edwin cayó rendido. Yo también. Allí estábamos, en la habitación octagonal llena de luz anexa a su casa, con el enfant terrible de la arquitectura de Oak Park, el «Tirano del Gusto», tal como lo había llamado alguien en el club, y él nos escuchaba. ¿Recibíamos invitados? ¿Qué tipo de música nos gustaba? ¿Me dedicaba a la jardinería?

Aparentaba unos treinta y cinco años, más o menos mi misma edad, y era muy atractivo: pelo castaño ondulado, una frente ancha y ojos inteligentes. La gente decía que era excéntrico, y supongo que estaba en lo cierto, dado que un gran árbol se erguía justo en medio de la casa. Pero también era tremendamente divertido, y al mismo tiempo profundamente serio. Recuerdo que dos de sus hijos se encontraban en el balcón situado encima de nosotros, y que lanzaban aviones de papel hacia las mesas de dibujo. Había varios jóvenes inclinados sobre los planos, aunque el arquitecto principal en su equipo era una mujer —¡una mujer!—, Marion Mahony. Frank se sentaba con calma y bosquejaba en medio de todo aquello, ajeno al parecer a ese caos.

Para el final de la tarde, teníamos un esbozo en miniatura que llevarnos a casa: una construcción de dos niveles, similar a la de los Huertley, sólo que más pequeña. Viviríamos en el primer piso, con comedor, salón y biblioteca, desembocando unas estancias en otras; una gran chimenea se levantaría en el centro de la casa, y en las ventanas habría asientos empotrados que podrían acomodar a una multitud. En la parte delantera, una pared formada por puertas acristaladas de colores daría a una amplia terraza cercada por un murete de ladrillos que nos protegería de la mirada de los curiosos. Desde la acera de enfrente no podría verse el interior de la casa a causa del muro. Pero desde dentro, en lo alto, se tendría una perspectiva excelente del mundo exterior; de hecho, uno se sentiría allí parte de la naturaleza, ya que Frank Wright había diseñado el edificio basándose en los árboles que circundaban el terreno. Los dormitorios, pequeños, quedarían al abrigo en el fondo de la casa. Y en la planta baja mi hermana Lizzie tendría con el tiempo un apartamento para ella.

Después de esa visita, Edwin ya no necesitó insistirme más. Acepté la tarea de trabajar con Frank, que parecía encantado con mis titubeantes sugerencias. A pie de obra en East Avenue, con John pegado a mi cadera, empecé a comprender lo que eran los tejados volados y la rítmica belleza de las secuencias de ventanas emplomadas, a las que él llamaba «pantallas de luz».

Muy pronto me convertí en parte del equipo. Me pasé horas en el estudio con Walter Griffin, un arquitecto de paisajes, planeando los detalles del jardín. Para cuando nos dispusimos a mudarnos a la «casa para los buenos tiempos», como la había bautizado Frank desde un inicio, contábamos a los Wright entre nuestras amistades.

Todavía pienso en el viejo hogar de mis padres en Oak Park Avenue. Tengo un recuerdo muy vívido de la noche en que Ed y yo nos casamos allí. Mis hermanas habían llenado el salón de flores amarillas y azules, los colores de la Universidad de Michigan. Una orquesta de mandolinas interpretaba la marcha nupcial de Lohengrin. Mattie, mi mejor amiga, era mi dama de honor, y recuerdo que pensé que esa noche ella estaba más guapa que yo. Me moría de los nervios, y transpiraba a través de la seda. Pero Edwin permaneció inmutable. Cuando todo se hubo terminado, me llevó a un rincón y me prometió que sería mi ancla.

—Da mi amor por sentado —afirmó—, y yo haré lo mismo con el tuyo.

¿Por qué no anoté esas palabras entonces? Cuando las miro ahora, me parecen una invitación al desastre.

Desde siempre ha sido en la página escrita donde he visto el mundo con claridad. Si soy capaz de unir todos esos trozos de recuerdos con los diarios, las cartas y los pensamientos garabateados que se amontonan en mi mente y en los estantes con libros, quizá pueda explicar lo que ocurrió. Tal vez los mundos que he habitado a lo largo de los últimos siete años cobren orden, lógica y cohesión en el papel. Tal vez sea capaz de contar mi historia de un modo que sea útil para alguien.

*Mamah Bouton Borthwick
Agosto de 1914*